

la paternidad de Rubén Darío, de Verlaine, de Samain, de Laforgue y siguiendo las huellas del argentino Lugones, altos númenes que en el cerebro de Herrera y Reissig se transfiguraban como metales preciosos en un crisol de alquimia y salían transformados en sustancia de nuestro poeta, en un nuevo metal para la impresión de su propio sello característico. Otros, acaso los más jóvenes, hacían su obra sin enrolarse en capilla alguna, pero renovando también de verdad el espíritu y los modos de nuestra poesía. Entre éstos, María Eugenia Vaz Ferreira, diestra amazona de Pegaso, Walkyria delicada y soberbia, hacía oír su canto de juventud; y casi en seguida, otra gran poetisa, una adolescente genial, Delmira Agustini, se lanzaba tras ella en un vuelo magnífico que fué asombro y maravilla de las almas espectadoras.

Delmira Agustini en una como embriaguez de sinceridad femenina, desnudó por completo su alma amorosa y produjo en los ojos atónitos el destumbramiento de Friné, sagrada e intangible en la sublime impudicia de su belleza sin velos. Ella se atrevió a decir con estúpida exaltación lo que las poetisas habían callado hasta entonces. Ella realizó en el campo de la poesía una revolución política, una afirmación enérgica de feminismo literario por la cual quedó proclamado el derecho de la mujer a expresar, como el hombre, las más recónditas inquietudes de su vida sentimental, los estremecimientos reales de su sensibilidad y de su carne, la confesión de sus vitales dichas de amor y de la turbación alucinante de sus sentidos. Ella gritó todo eso con una exultante osadía y una fuerza inesperada. Pero injusto sería desconocer que, precediéndola, María Eugenia Vaz Ferreira había dicho su palabra de mujer iniciando esa tendencia a la sinceridad de la emoción femenina, que la otra había de llevar a las más intensas expresiones con el arrebató erótico de su

estro. Además, ¿quién podía aventajarla en hondura reflexiva de pensamiento poético y en trascendencia espiritual, a ella que había sabido aliar, en algunas de sus composiciones más características, cierta gravedad sentimental de estirpe germana — con algo de Heine y de Goethe — a las líneas severas de una forma casi parnasiana?

Ella cantó gallarda y serena su admiración de mujer al varón fuerte que supiese clavarle en el pecho su oriflama de conquistador. Ya habéis oído el vigoroso soneto que tan magistralmente recitó hace un instante el doctor Prando.

Nadie, tampoco, ha dado como ella la impresión atormentada de una inquietud profunda bajo la serena majestad de los contornos estatuarios. El doctor Schinca nos ha recordado aquí, muy oportunamente, que había pensado titular *Fuego y mármol* su libro, este libro cuyos originales no dejó caer de sus manos celosas hasta que las aflojó la muerte; y ese título expresa bien la característica individual de su noble poesía. Noble poesía — eso es — por la elevación de los temas — el Amor, la Belleza, el Verbo, la Noche, la Vida y la Muerte — y por el tono austero, la dignidad clásica de las imágenes y la magistral aplicación del léxico, que sus manos pulsaban como un arpa, arrancándole sonos graves y poderosos cuya vibración envuelve los sentidos y la muerte en una onda de sugerencias infinitas. Su voz, algo sombría, traduce angustias hondas, mientras los versos se alzan con cierta fuerza masculina, imponentes, augustos y terriblemente castos como las estatuas pensativas que velan con su sombra de eternidad el misterio infinito y el sueño inviolado de los mausoleos. Recordemos sus cantos a la noche, y sobre todo este: